

Goulet, Denis, *The Cruel Choice. (A New Concept in the Theory of Development)*.

New York: Atheneum, 1971, 362 páginas.

Denis Goulet ha vivido y trabajado en las barriadas de Madrid, con los caníbales en la región el Amazonas, con los gitanos en el Sur de España y con los Beduinos en el Sahara argelino. Estas experiencias le han proporcionado una serie de elementos que le permiten tener una mejor comprensión de la gente del Tercer Mundo. Se dio a conocer como un pionero del trabajo interdisciplinario en América Latina con su libro *La Ética del Desarrollo*. Actualmente forma parte del Centro de Estudios para el Desarrollo y el Cambio Social de Cambridge, Massachusetts.

Con base en sus observaciones empíricas, sus experiencias como planificador y como un participante más en la vida de la comunidad de las sociedades subdesarrolladas, Goulet plantea la necesidad urgente de una ética del desarrollo.

En su trabajo pretende cuestionar la validez ética de la noción convencional del desarrollo y proponer un nuevo concepto de lo que para él es el “desarrollo auténtico”.

El libro consta de tres partes.

En la primera, el autor hace una crítica severa de lo que ha sido la experiencia del desarrollo, tomando como eje el tipo de relación que se establece entre las sociedades industrializadas y las pre-tecnificadas. Basa el análisis de esta relación en el concepto de “vulnerabilidad”, es decir, la capacidad que tienen los países, clases y grupos, de enfrentar las fuerzas que se generan entre las sociedades avanzadas y aquellas que están luchando por alcanzar su desarrollo.

En la segunda parte, Goulet establece los valores hacia los cuales debe tender cualquier esfuerzo por lograr un verdadero desarrollo. Propone, además, los principios estratégicos que facilitarán el logro de estas metas.

En la tercera parte, ofrece un breve perfil de lo que es “el anti-desarrollo”, y expone lo que para él son las dimensiones de un auténtico desarrollo. En este mismo apartado, el autor se refiere a los medios para lograr el cambio deseado. Por último, analiza la tensión ética que plantean a la conciencia los cambios por vía revolucionaria.

Goulet entiende por “desarrollo” toda la gama de cambios que pueden darse en un sistema social cuando éste busca salir de una condición humanamente insatisfactorios y tiende hacia una mejor. Implica, por tanto, valores fundamentales que se refieren al grado de control que ejercen las personas sobre las cosas, al nivel de conciencia crítica para juzgar qué es lo más deseable, a un nivel óptimo de decisión sobre cuestiones que afectan a la mayoría y, por último, a la destrucción de intereses individualistas en aras de una amplia solidaridad.

Dentro de este contexto, surge la necesidad de una ética cuyas tareas fundamentales serían:

—Elaborar una posición conscientemente crítica frente a las metas de desarrollo.

—Analizar los procesos de desarrollo desde dentro y tratar de discriminar el componente valoral del antivaloral.

—Elaborar —aunque sea en forma embrionaria— normas estratégicas de acción que sirvan como guías generales en aquellas cuestiones en las que el desarrollo tiene una importancia crucial.

—Por último, elaborar un marco teórico cuyos conceptos parciales se edifiquen en torno a algunos conceptos centrales, tales como las metas sociales, la manipulación cultural y las poderosas fuerzas que presionan a los grupos hacia la estandarización cultural.

* * *

En la parte central de su obra, el autor critica severamente tanto las metas como las estrategias elegidas para alcanzar el “desarrollo”. Plantea su crítica a la luz de tres principios o valores que considera deben ser las metas de todos los esfuerzos por alcanzar un desarrollo realmente

humano. Estos principios son: asegurar la supervivencia, la estima y la libertad.

Posteriormente explicita los tres principios éticos que deberán normar cualquier estrategia de desarrollo: la *autarkeia*, la solidaridad universal y la participación popular en las decisiones.

La *autarkeia* tiene que ver con la problemática que plantea la teoría de las necesidades. La solidaridad, con la teoría del conflicto, como forma de hacer surgir la unión entre grupos y naciones sojuzgadas por los intereses mercantiles, estratégicos e ideológicos de las naciones poderosas. Y la participación, con los planteamientos teóricos y prácticos de elitistas y populistas.

Particularmente interesantes resultan las consideraciones de Goulet respecto a la participación. Juzga que sólo una pequeña minoría es capaz de sostener un compromiso con valores tales como la solidaridad, la comunidad, la austeridad y el bien común. Lo ejemplifica con una serie de casos donde las experiencias comunitarias han fracasado. En estos intentos ha habido pedagogías intensas que han tratado de convencer a la población de que "el elitismo" no es algo deseable y que debe ser sustituido por la "responsabilidad de la gente". No obstante, el populismo se ha roto y surgido un elitismo espontáneo. De ahí que Goulet se pregunte si la búsqueda de una "óptima participación" no va en detrimento de la eficiencia. A pesar de que es necesario un gran impulso hacia el desarrollo, debemos conocer cómo obtener un punto óptimo que evite el elitismo tecnocrático y la improductiva participación popular.

El autor plantea como opción el liderazgo de una élite popular. Considera que hay élites que emergen naturalmente y personifican las aspiraciones, los valores y los intereses en la gente que representan. Esta cree en esos líderes, se identifica con ellos y los ve como pedagogos de una experiencia de cambio. No se trata necesariamente de élites técnicas o políticas, sino de gente que sabe decir lo que es aceptable de los nuevos valores que se ofrecen y los elementos de los viejos valores que

continúan respondiendo a las necesidades de sus gentes.

Es interesante también su visión del diálogo en la planeación del desarrollo. Considera que los planes no han de ser formulados desde arriba, sino surgir del interjuego dinámico que debe darse a partir de las aspiraciones de la base. La consulta a la población en el aspecto valoral es muy importante para la elección de programas adecuados de desarrollo. Goulet insiste en que deben respetarse aquellos valores que forman parte de la racionalidad existencial.

En la parte final del libro, Goulet habla de las fuentes del anti-desarrollo al referirse a la influencia negativa de las sociedades industrializadas sobre las que están en vías de lograr su desarrollo.

Una forma humana de desarrollo implicaría como postulados los siguientes:

- 1º) La política del desarrollo deberá tener como meta la abolición de la miseria, no la obtención de la abundancia.
- 2º) La austeridad debe practicarse tanto en los países avanzados como en los pobres.
- 3º) Frente a las fuerzas inherentes a los procesos de modernización, deberá buscarse y mantenerse la diversidad cultural.

Por tanto, el autor califica de simplista toda literatura que propone la redistribución de la riqueza como la única forma de lograr la justicia social.

Para que esto sea posible, se requiere de una serie de cambios profundos, tales como: un plan mundial de desarrollo; un plan de financiamiento mundial, que armonice con el anterior; un equipo de técnicos también a nivel mundial, y una revolución cultural en los países desarrollados.

El autor se plantea la cuestión de la eficacia de los cambios graduales que son menos paliativos, y la de los cambios graduales creativos. Los primeros parecen, de momento, ofrecer solución, pero no van a la raíz de los problemas reales; sólo se enfrentan con algunos de los síntomas. Los segundos favorecen la creación de condiciones nuevas que

permitirán cambios radicales subsecuentes, a pesar de que de momento las medidas que plantean sean muy modestas.

Goulet se refiere al debate sobre la moralidad de la violencia revolucionaria, como instrumento para obtener los bienes sociales deseables. El enfrentamiento con situaciones revolucionarias pone al hombre en un estado de ansiedad o tensión ética. Es imposible seguir el curso de las condiciones revolucionarias hasta sus últimas consecuencias sin traicionar ciertos valores éticos. Pero, por otro lado, cualquier sistema social institucionaliza de hecho diferentes clases de violencia. Es difícil afirmar que la violencia revolucionaria es el medio más aceptable; pero tampoco es correcta una actitud pasiva frente a la violencia institucionalizada del orden establecido.

A pesar de la complejidad de estas cuestiones, Goulet señala la necesidad de hacer opciones claras en los casos específicos. Sin embargo, reconoce que los juicios que se hacen sobre las alternativas, en lo concreto siempre contienen elementos de evaluación subjetiva.

La tensión que provoca elegir o no las condiciones revolucionarias se centra en la elección de los medios, ya que las metas que se proponen los combatientes son siempre, en cierto sentido, buenas.

En el fondo, el debate se sitúa entre dos actos de fe contradictorios: uno tiene que ver con el amor humanitario, el otro con el poder político. Surge la pregunta: ¿debe el amor subordinarse al poder político para poder triunfar en el mundo real, o debe el poder subordinarse al yugo amable del amor, por ser en sí mismo incapaz de servir a propósitos humanos?

Existe la inquietud por elaborar un planteamiento ético cristiano que apoye la revolución y que sea aplicable a América Latina. Este interés por construir una ética a partir de la religión, con la posibilidad de usar la violencia, se ha observado también en el caso del Budismo. El autor señala que no debe perderse de vista que las religiones, en última instancia, tienen alianzas con situaciones transhistóricas, con valores de otro mundo, lo que les da la libertad

de justificar éticamente la participación en situaciones violentas. No sucede lo mismo cuando se trata de corrientes filosóficas cuyo compromiso está ubicado históricamente, como en el caso de los marxistas, positivistas y existencialistas.

Por otro lado, el autor señala tanto la ambigüedad de algunas posiciones cristianas recientes, que pretenden apoyar la participación del cristiano en situaciones revolucionarias, como el hecho de que las antiguas certidumbres doctrinarias de los marxistas están siendo relativizadas por la cambiante vida política. El cristiano, sin embargo, no puede justificar la estrategia de la lucha de clases, puesto que los evangelios no contienen ninguna ética que apoye la revolución.

Reconoce Goulet que la actitud de los Estados Unidos frente a las sociedades del Tercer Mundo es evitar aquellos cambios que sean incompatibles con sus intereses y rechazar sistemáticamente la acusación que se les hace de ser un factor importante en los problemas del subdesarrollo. La sociedad norteamericana sólo considera legítimos los cambios pacíficos. Pero tras de sus valores de libertad, igualdad y respeto a las personas, esconde las consecuencias violentas de su hegemonía sobre otras sociedades. Por consiguiente, dentro de estas perspectivas, las metas sociales de justicia y desarrollo sólo podrían lograrse en la medida en que las sociedades "desarrolladas" libremente cedieran el privilegio del dominio que ejercen. Al mismo tiempo, y sin hacer una apología de la violencia revolucionaria, reconoce que ésta tiene una gran capacidad para construir nuevas instituciones y señala como ejemplo de renovación social los cambios reconstructivos acaecidos en Argelia, Viet-Nam, China y Cuba.

Para terminar, Goulet analiza las condiciones de cambio dentro de la sociedad norteamericana y la compara a un ostión, que es capaz de transformar las duras piedras de la oposición en perlas. Sin importar las acciones que realice la oposición de los grupos disidentes dentro de esta sociedad, lo más probable es que su destino sea la

cooptación y la asimilación. De ahí que aquellos que rechazan el sistema, en un momento dado le ofrecerán útiles contribuciones.

* * *

A pesar de que el autor distingue perfectamente los cambios graduales creativos de los que son meros paliativos, no acaba de definir su posición frente a los cambios radicales.

Al analizar el problema de la violencia desde el punto de vista cristiano y marxista, se contenta con señalar, por una parte, las angustias morales en las que caen los cristianos cuando enfrentan las presiones propias de las condiciones revolucionarias, y, por otra, las lagunas de los planteamientos éticos de los marxistas. Delimita el problema y plantea preguntas, pero no ofrece respuestas, ni define claramente su posición frente a los medios que deberán emplearse para lograr los cambios profundos, que permitirán que se realice un auténtico desarrollo.

Al terminar la lectura del grueso volumen, el lector podría preguntarse si realmente *The Crucel Choice* es una nueva concepción de la teoría del desarrollo.

Las críticas de Goulet a los modelos de desarrollo de los países occidentales no van mucho más allá de los planteamientos formulados por otros autores a partir de la teoría de la dependencia. Su aportación sería, en todo caso, la crítica que hace a los esquemas tradicionales de desarrollo desde una óptica ético-valoral. Sin embargo, los principios normativos y valorales en los que fundamenta las metas de un desarrollo auténticamente humano no llegan a concretarse en estrategias operativas.

Las aportaciones más interesantes en este sentido serían el intento de sistematizar algunas experiencias exitosas de organización popular (la tesis de la élite popular) y la incorporación del concepto de racionalidad existencial a la ética del desarrollo.

Finalmente, aun cuando esboza el papel del conflicto en las políticas de desarrollo y su capacidad creadora, no analiza suficientemente la dimensión política que condiciona de hecho las relaciones entre sociedades que se hallan a diferente nivel de desarrollo.

Cristina Casanueva R.
Centro de Estudios Educativos